

CULTURA Y REVOLUCIÓN

por PABLO Levín.

En términos generales puede decirse que la cultura comprende tanto la adquisición de conocimientos y técnicas adecuadas para aprovechar las fuerzas naturales, como la adopción de determinados tipos de conducta individual y colectiva, junto con el mantenimiento de las necesarias modalidades, de pensamiento, actitudes y jerarquía de valores que conservan unida a la sociedad.

Asimismo, reflejará las ansiedades predominantes de los individuos que componen dicha sociedad. La sociedad capitalista está regida por los explotadores; ante tal circunstancia, cabe preguntarse; ¿De qué manera se mantiene unida una sociedad que trata de englobar en una misma cultura a explotadores y explotados, es decir, a distintos sectores sociales con intereses contradictorios y con distintas ansiedades predominantes?

En efecto, esta diferencia surge de la necesidad cada vez más imperiosa de una distribución con alcance universal de los beneficios de la sociedad: esta es la aspiración de la gigantesca mayoría de la población, que entrevé de esta manera la posibilidad de satisfacer sus crecientes necesidades materiales y de desarrollar al máximo sus mejores posibilidades intelectuales y éticas al desprenderse de una vez por todas de las trabas oprobiosas y aplastantes que impone la condición de la esclavitud asalariada..., mientras que al mismo tiempo sectores minoritarios dificultan la posibilidad de que esta aspiración se concrete, defendiéndose del peligro de ser desplazados de su posición de privilegio.

Añadiremos que para alejar ese “peligro” deben ofrecerles a los explotados algunas compensaciones, por lo menos las mínimas indispensables para que puedan aceptar la condición que se les impone: estas compensaciones deberán ser en parte reales^ pero en lo posible, mientras resulten eficaces, ilusorias. Y es precisamente esta última condición la que la religión y la Iglesia se encargan de cumplir maravillosamente: porque las compensaciones que ofrecen por los dolores y los sacrificios reales no solamente son ilusorias.,. sino que son también ultraterrenas!

Otro tipo de compensación lo ofrece la esperanza individual de pasar a un estrato social superior. Así se provocan aptitudes de egoísmo y se establece un tipo de relación agresiva que rompe la identificación subjetiva y la solidaridad activa de los trabajadores.

Esta agresividad y desconfianza se refleja incluso en las relaciones entre los dos sexos, desnaturalizando la vida íntima y deformando al individuo, frustrando sus cualidades y potencialidades, incapacitándolo para ser libre.

La burguesía, al imprimir a la industria un notable avance, desarrolla ciertos aspectos de la cultura, especialmente aquellos que se refieren más directamente a las técnicas de producción. Pero al mismo tiempo elude, persigue y desvirtúa toda tentativa que se haga para señalar y resolver el problema —que llega a tomar contornos dramáticos— de la distribución. Y esto no podría ser de otro modo, porque si así no lo hiciera quedaría al descubierto la posición de los explotadores, y se desmoronaría el colosal aparato de imposiciones y mentiras que pretenden ocultar su bandidaje.

Es así que tener a su servicio los poderes (político, militar, judicial) no le basta para asegurar el dominio económico: necesita controlar todos los aspectos de la cultura, y convertir a ésta en un arma represiva, y en un instrumento de deformación.

Indudablemente, en la medida en que se consigna mantener al pueblo en la ignorancia se logrará limitar sus aspiraciones y posibilidades. Pero si solamente se tratara de restringir el acceso a las fuentes del conocimiento, aquello no constituiría problema para los explotadores, ya que el mismo sistema social al someter a la mayoría de hombres y mujeres explotadas a una vida de penuria y de zozobra, se encarga por sí mismo de poner trabas a su desarrollo cultural.

Lo que sí les preocupa es la necesidad de mantener y defender una cultura que sirva a sus intereses, tales como el de “legalizar” la explotación del trabajo humano; capacitar técnicos amaestrados especialmente para vigilar y hacer rendir al máximo los capitales invertidos; establecer un control, riguroso sobre la conciencias, y defender las instituciones que tienen la piadosa tarea de santificar las persecuciones y las *guerras*, y que enseñan la verdad revelada y la compensación ultraterrena. Es decir, impartirle al pueblo —“oficialmente” o no— ideas oscurantistas, que además de invitar a la pasividad en la vida terrena, llevan al pensamiento una actitud semejante, haciéndolo sumidero de la ignorancia y la superstición. Pero esto no

significa la muerte del progreso ni la muerte de la cultura, ya que la superación revolucionaria de tal estado de cosas, es decir, la liberación del pueblo oprimido, se vincula íntimamente con la lucha por universalización de la cultura.

La brevedad que nos hemos impuesto no nos permite entrar en mayores detalles; pero lo dicho nos da ya las bases para, esbozar en líneas, generales, cuál será la orientación que tenderá a tomar la enseñanza impartida por los capitalistas, ya sea por medio del Estado, del cual controlan, si no todos, los resortes más vitales, ya sea a través de las universidades “libres”, como en nuestro país pretenden falazmente llamar a las universidades privadas, financiadas directamente por los monopolios o con los fabulosos tesoros de la Iglesia. Después de indicar algunas de las características de aquella enseñanza, corresponderá mencionar los movimientos —especialmente estudiantiles universitarios— que formalmente se han levantado contra ella, pero que a través de sus contradicciones teóricas y subjetivas, de su ineficacia y falta de tenacidad prácticas, y en general de su relativa estrechez de miras, han demostrado no haber roto todavía definitivamente con los lazos que los atan a la reacción.

Por razones de espacio debemos postergar el desarrollo de estos planteos; adelantaremos solamente que todas las tentativas de resolver el problema de la cultura sin luchar contra las verdaderas causas de la deformación y el atraso, han sido penosamente estériles, y no podrán ir nunca más allá de las declamaciones; en tal sentido, toda corriente o movimiento universitario que se divorcie de la lucha que sostiene la clase trabajadora, será inconsecuente y débil, y no tendrá otro destino que la claudicación y el fracaso.

Este entroncamiento es decisivo, y no podrá limitarse a la simple expresión de simpatía o solidaridad, ni en hacer “llegar su palabra de aliento”, ni conformarse con hacerlo constar en las declaraciones de principios de las agrupaciones “reformistas”, sino que debe contribuir de la manera más eficaz posible a la formación del partido de la clase obrera. Este partido, por ser expresión de la fuerza social más poderosa de la historia, y por ser esta clase la verdadera interesada en el progreso, será el único capaz de materializar el ideal de la “verdadera universidad”; ideal que no es más que uno de los aspectos de la lucha revolucionaria por la universalización de los beneficios de la sociedad y de la cultura.

